

aquellos pasillos. Tanto hablar de inmoralidad le revuelve á uno los humores. Y luego que si hay crisis, que si no debe haberla, que si vira, que si torna... Esto divierte un día, dos; pero luego marea. Y eso que yo gasto la gran pachorra: á cada cual le doy por su gusto, y al que me dice que no podemos vivir sin crisis, le contesto que me parece bien, y al otro lo mismo, y siempre bien, siempre en el mejor de los mundos posibles.

INFANTE.

Es verdad.

MONTE CÁRMENES.

Vamos á ver qué hay por aquí. (*Entran ambos en la sala japonesa.*)

AUGUSTA, á Infante.

Manolo, dichosos los ojos... Hoy hemos hablado muy mal de ti... ¿Por qué no viniste á comer?

INFANTE.

¡Desdichado de mí! He tenido que comer con una comisión de mi distrito que viene á gestionar la rebaja del cupo de consumos. Me gustaría que probaras un convite de estos para que vieras lo resalado que es.

AUGUSTA.

Gracias, me lo figuro. ¡Y has tenido que aguantar..., pobre ángel!

INFANTE.

Y oírles, y agasajarles, y fingir que estoy muy indignado con el Ministro, y prometer, dándome un golpe de pecho..., así, que si el Ministro no me complace, le pondré verde con una preguntita sobre la corta de pinos en Rebollos. Y añade á esto los chismes de aldea que he tenido que oír. Al fin pude zafarme de ellos, diciendo que me había citado el Director de Obras Públicas para ponernos de acuerdo sobre el emplazamiento de la estación del ferrocarril en construcción, y con esto les dí el esquinazo, y se fueron tan ternes á ver una funcioncita en Lara.

AUGUSTA.

¡Pobres baturros, cómo te diviertes con su inocencia! Pues mira, eso es una gran inmoralidad. (*Entra Aguado bruscamente.*) ¡Ay!, me ha asustado usted. En cuanto se habla de inmoralidad, se nos presenta este hombre, como caído del cielo.

AGUADO.

Señora, no caigo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde usted está.

AUGUSTA.

¡Ave María Purísima! ¡Cuánta finura! ¡Qué metafórico está el tiempo!

AGUADO.

Yo no las gasto menos.

AUGUSTA.

Hablaban aquí de política, y decían que esto está muy perdido.

AGUADO, *á Infante.*

¿Qué ha habido esta tarde en esa leonera?

INFANTE.

Pues nada. No se puede ir allí, porque ha salido una plaga de honrados... Vamos, es cosa de mandarles á la cárcel... por honrados, precisamente por honrados del género inaguantable. ¡Dichosa moralidad!

AUGUSTA.

Muy bien dicho. Y usted (*á Aguado*), ¿no sale á defender la clase?

AGUADO.

¿Qué clase?

AUGUSTA.

La de los honrados, hombre.

INFANTE.

Esto no va con él. Me he referido á la clase peninsular, y respeto la ultramarina ó de la *Vuella Abajo*, pues de esa nada tengo que decir.

AGUADO.

Este es un ministerial de la clase de *Isidros*, ó del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cáncer de la inmoralidad, alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUGUSTA.

Tiene razón Aguado: lo mismo les da á éstos el país que la carabina de Ambrosio... No se ría usted, Conde, que contra usted voy; usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisita, esa santa pachorra es un insulto á la moral.

MONTE CÁRMENES.

Si fuera una necesidad que yo me *indiznase*, me *indiznaría*. Pero si otros lo hacen, y lo hacen muy bien, ¿á qué cuento viene que yo me enfurruñe y haga malas digestiones? Máxime cuando veo que todo se arregla al fin, y que los más severos hoy son mañana los más condescendientes.

AGUADO.

Ó en otros términos: que todos son lo mismo, y vamos tirando. Hoy por ti y mañana por mí.

CÍCERO, *con buena fe.*

No es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUGUSTA.

¡Ay, Marqués, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de estas rachas de opinión, uno de estos temas de interés contagioso en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporadita, y después seguimos tan pillos como antes. La humanidad siempre igual á sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma ó el estilo de la maldad; pero lo de dentro, crean ustedes que poco ó nada varía.

VILLALONGA.

¡Eh! ¿Se explica la niña? ¡Qué talentazo!

AGUADO, *con hinchazón.*

Perdóneme usted, señora. No me compare esta época con otras. Yo recuerdo..., por ejemplo, cuando fui á Cuba la primera vez...

AUGUSTA, *con viveza.*

Cuando usted fué á Cuba la primera vez, vendían la carne humana, y usted, creyendo que no hacía nada malo, afanaba algunas hilachas de aquella carne... No, no le censuro; era cosa corriente.

AGUADO.

Perdone usted...

AUGUSTA.

Está usted perdonado; pero déjeme acabar... Pues en aquel tiempo se defraudaba tanto como ahora, ó quizás más, mucho más. Cierto que usted fué siempre de los puros, en eso estamos... Si lo sabemos, si es artículo de fe: no se apure. Yo reconozco que usted se enfurece ahora con muchísima razón, y que si quiere volver allá es para corregir todas aquellas infamias que antes no corrigió.

AGUADO.

Permitame...

AUGUSTA.

¡Día feliz el día en que usted vuelva!

INFANTE.

Se extirpará de raíz el cáncer.

MONTE CÁRMENES.

Y aquello será la delicia del mundo.

VILLALONGA, *mandando callar.*

Dejarla, dejarla.

AUGUSTA.

Pues haría muy mal el señor de Aguado en meterse á cirujano de cánceres. Dirían de él los horrores que ahora dicen de los otros.

AGUADO.

Pero como yo desprecio la calumnia...

AUGUSTA.

Justo es despreciarla. En fin, yo reconozco, todos reconocemos que usted hace allí mucha falta; y si yo fuera Ministro del Cáncer..., digo, de Ultramar, ahora mismo extendía la credencial.

AGUADO.

Gracias..., estimando.

AUGUSTA.

Y usted me mandaría, por el primer correo, cigarros para mi marido, y para mi cascarilla, de esa tan buena que usan allí las señoras.

AGUADO.

¡Quiá! Usted no la necesita... con ese cutis.

AUGUSTA.

Ó dulces, piñas, guayaba.

AGUADO.

Si es usted más dulce que todas las jaleas del mundo.

AUGUSTA.

En fin, váyase usted pronto, á ver si arreglando aquello no se vuelve á mentar la dichosa inmoralidad. Ya empalaga. Me gusta más oír hablar del crimen famoso, que al menos interesa por sus lances dramáticos y sus misterios de folletín.

AGUADO.

Eso á mí no me divierte. Mientras ustedes desmenuzan el crimen, voy á echar un vistazo á los tresillistas. (*Pasa al salón.*)

VILLALONGA.

¡Adelante con el crimen!... En el Casino he oído novedades estupendas.

AUGUSTA.

¿Qué se dice?... ¿A ver?

ESCENA IV

Los mismos. FEDERICO VIERA.

INFANTE, *aparte, retirándose del grupo.*

¡Qué hermosa está, qué simpática y qué mona es esta maldita, y cómo me fascina y enloquece!... ¡Ah!, paréceme que oigo la voz de Federico en el salón. (*Entra en el salón Federico Viera, y habla con Aguado.*) El es, sí. Observaré la cara que pone mi prima cuando él entre. ¿Por qué mis sospechas, sin fundamento formal, sobreviven á todas las razones y se rebelan contra las pruebas en contrario? Acechando rostros y palabras espero sorprender algún indicio, y coger la punta del hilo por donde se saque el ovillo de la realidad. Este bendito Marqués de Cícero me servirá de garita para ponerme de centinela.

(Llevándole hacia la consola que está junto á la puerta.) Querido Marqués, el domingo sentí mucho no ir á pasar el día en las Charcas.

CÍCERO.

Pues acertó usted quedándose, porque el día, que amaneció hermosísimo, se nos puso infernal. Tomás no fué tampoco, ni Malibrán; sólo estuvimos Villalonga y yo; pero Jacinto, viendo el mal cariz, se metió en la casa. Yo, siempre impertérrito, me corrí hacia el puesto con el guarda, porque me daba la corazonada de que habían de venir las perdices. Lo que venía, hijo de mi alma, era el chubasco número uno. Pero yo..., impertérrito con mi capote de monte. El macho que llevamos es un macho que no nos lo merecemos, ni se lo merecen ellas las muy correntonas; ¡venga agua!, y el macho impertérrito, cantando que se las pelaba, *chiquití*. Por fin, ¿creerá usted que parecieron por allí las muy...?

INFANTE, *aparentando atender al Marqués, y contestándole con cabezadas.*

Yo... ¡oh!, yo no creo... (*Aparte.*) Ya se acerca. Disimulo, y mucho ojo á la cara de esa hipócrita. Que no se me escape ni la inflexión más ligera.

AUGUSTA, *para sí, fingiendo prestar atención á lo que le dice Villalonga.*

Ahí está ya. Cara mía, ojos míos, haceos de

piedra. Que ninguna suspicacia, ninguna curiosidad os sorprendan en un descuido de expresión. Ese pillo de Manolo me está observando... A buena parte viene. El corazón me salta en el pecho; pero la cara, bien prevenida, se mantiene firme; y aquí no pasa nada. Indiferencia afectuosa..., distracción..., no le siento entrar. (*Entra Federico.*)

INFANTE, *para sí.*

No repara en él...

FEDERICO, *saludando.*

Aunque usted no quiera... Augusta...

AUGUSTA, *fingiéndose sorprendida, y sin ninguna emoción visible.*

¡Ah!..., parece que entra usted como los ladrones. ¡Cuánto tiempo...! ¿Ha estado usted malo?

FEDERICO.

Un poquillo.

AUGUSTA.

Pues no se le conoce en la cara. Me alegro de verle. ¿Nos trae usted noticias nuevas del crimen?

INFANTE, *para sí.*

Pues señor, cualquiera les descubre á éstos. ¿Tocaré yo el violín á toda orquesta? ¿Correré tras un fantasma?

FEDERICO, *sentándose.*

Traigo noticias... para chuparse los dedos. Esta tarde se dice que la muerta no es quien se creía, sino otra persona. ¿Qué tal? ¡Equivocarse en la identificación! Esta sí que es gorda.

AUGUSTA.

¿Pues quién era?

FEDERICO.

Una señora recién venida de Cuba, y cuyo nombre nadie sabe.

AUGUSTA.

Vamos, eso es ya delirar.

VILLALONGA.

Ganas de aumentar la confusión. No, sobre la persona de la víctima no puede haber duda. Estas bolas las hacen correr los curiales con la idea de desorientar al público, á fin de que no se fije en los verdaderos asesinos.

AUGUSTA, *convencida.*

Para mí, el matador es Segundo Cuadrado, ese pillo á quien algunos quieren hacer pasar por santo, porque ayuda á misa y se reza tres ó cuatro rosarios al día. Creo además que es instrumento de personas muy altas.

FEDERICO.

He oído que algunos vecinos vieron entrar en la casa, horas antes del crimen, á un cura.

AUGUSTA.

¡También un cura!

FEDERICO.

Por las trazas debía de ser alguien disfrazado de sacerdote, quizás una mujer.

MONTE CÁRMENES.

La madrastra... Si digo que...

FEDERICO.

¿Por qué no?

CÍCERO.

Eso no puede ser.

INFANTE.

Es un disparate.

MONTE CÁRMENES, *aburrido.*

Ea, señores, es mucho crimen para mí. Volveré cuando hayan ustedes pescado la verdad, y la trinquen bien para que no se escape. (*Vase.*)

AUGUSTA.

Pues ustedes dirán lo que quieran; pero á mí, la madrastra, esa doña Sara, me parece una buena persona. Manolo, ¿tú qué piensas?

INFANTE.

Que es un crimen adocenado, y que ni hay madrastra, ni intoxicación, ni alto personaje, ni influencia, sino la vulgarísima tragedia del sirviente que roba, y al verse sorprendido mata; ni más ni menos.

FEDERICO.

Vamos, tú eres sensato, y te atienes á la versión de rúbrica, que nos presenta los hechos como arregladitos á un patrón de conveniencias curiales. Hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo.

AUGUSTA.

Muy bien dicho.

INFANTE.

No es eso. Pero me parece ridículo mezclar en asuntos tan bajos á personas respetables. Hasta han dicho que el criaducho, ese Segundo, es hijo natural de...

FEDERICO.

¿Quién podrá afirmarlo ni negarlo? Si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren á la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos y profundidades que nunca se ven, así como en el interior de las masas rocosas hay cavernas donde jamás ha entra-

do un rayo de luz. Pero de repente ocurre un cataclismo, una convulsión del terreno, un derrumbamiento, y la roca se parte, desoubriendo el hueco que nadie hasta entonces había visto... En cuestión de enigmas sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone; pero tampoco lo niego sistemáticamente.

AUGUSTA.

Yo no soy sistemática; pero me inclino comúnmente á admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la artista siempre fecunda y original siempre. Suelo rechazar todo lo que me presentan ajustado á patrón, todo lo que solemos llamar *razonable* para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay!, los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Este Manolo, empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial ó pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonroso para la humanidad que los delitos fuesen siempre á gusto de los jueces. Admito lo del personaje influyente que protege al asesino; me inclino á creer

que el móvil fué amor y no robo, y en cuanto á la madrastra, esa doña...

VILLALONGA.

Cuidado con defender á la madrastra, que aquí está Teresa Trujillo, y según parece, va á negar el saludo á los que no opinen como ella.

AUGUSTA.

Es furibunda *madras... trista*; difícilillo es de pronunciar, pero no hay más remedio que admitir la palabreja.

ESCENA V

Los mismos. TERESA TRUJILLO, *de edad madura, vivaracha, el pelo pintado de rubio.*

AUGUSTA.

Las trae acabaditas de coger.

TERESA.

Vengo á buscarlas. (*Saludando á todos.*) Manolito, buenas noches. Jacinto, Federico, Marqués..., de fijo ustedes saben algo nuevo. Hoy me he leído una arroba de prensa. ¡Qué buena viene! Por supuesto, al que sostenga que no fué la madrastra, le diré que ha tomado dinero de los *Cuadradistas*.

AUGUSTA.

Pues yo la defiendo, y de mi no creará usted que me he vendido.

TERESA.

Pero estás influida por éstos, que en su afán de sacar del pantano al juez, hacen la causa del *Cuadradismo*, sosteniendo que el criado *mojó*. ¡Qué infamia! ¡Pobre Segundo, un muchacho honrado y decente, devoto de la Virgen!... Yo no puedo ver esto con paciencia. Te juro que si á esa bribona no la llevan al palo... va á haber aquí un cataclismo.

INFANTE.

¡Qué la han de llevar, señora, si doña Sara es una santa, devotísima de San José!

TERESA.

Quite allá el muy tonto... Usted es de los que trabajan porque triunfe la farsa. Ya se ve: defiende al gobierno, que tiene interés en echar tierra... Una horca en la Puerta del Sol, para ir colgando en ella ministros y pájaros gordos, es lo que hace falta.

AUGUSTA.

¡Hija, por Dios!...

TERESA.

Ó la guillotina. Aquí no hay justicia ni vergüenza. Es cosa probada que los que andan en el ajo le han asegurado la vida á ese bendito Segundo para que declare en forma que no

comprometa á doña Sara. Esto es un espanto. Yo puedo asegurar á ustedes una cosa, y es que unas amigas mías la vieron un día en *la Palma* comprando cintas para sombreros...

VILLALONGA.

¿Y qué?

TERESA.

Si no me ha dejado usted concluir. Iba con ella un hombre de barba rubia.

INFANTE.

¿Y qué?

TERESA.

¡Y qué!... ¡Y qué! (*Exaltándose.*) Ese sujeto es el hombre con barba postiza que los vecinos vieron bajar, momentos antes del crimen.

FEDERICO.

¡Si el que bajó iba vestido de cura!

INFANTE.

De anchas caderas, bajito él, pecho abultado... Era la propia doña Sara disfrazada de sacerdote.

TERESA.

No echemos la cosa á barato, amiguitos, que esto es muy serio.

AUGUSTA.

Pongámonos en lo razonable.

TERESA.

Eso es, en lo razonable.

FEDERICO, á *Augusta*, vivamente.

¿Pero no decía usted que es enemiga de lo razonable, porque lo razonable es el amaneramiento de los hechos?

AUGUSTA.

Si; pero hay que distinguir...

FEDERICO.

No, no crea usted que voy á condenar sus ideas. Convengo en que la realidad es fecunda y original, en que la verdad artificiosa que resulta de las conveniencias políticas y sociales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema á lo novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga mía. Usted tiene viva imaginación, y lo dramático y extraordinario la seduce, la fascina. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias, lances y sorpresas terribles, y es tontería echarnos á buscar el interés febricitante, cuando quizás lo tenemos latente á nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos á la cara.

AUGUSTA.

En eso estamos conformes. Pero yo no busco

34051

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
APR. 16 1955 MONTEPEPE, MEXICO

el interés febricitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso: tan alta idea tengo de la realidad... como artista; ni más ni menos.

VILLALONGA, *aplaudiendo*.

Admirable paradoja. ¡Qué maravilloso talento!

Todos aplauden.

AUGUSTA, *soltando la risa*.

Gracias, amado pueblo.

FEDERICO.

Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUSTA, *para sí*.

¡Qué zalamerito viene esta noche! ¡Ah!, grandísimo pillo, tú me la pagarás. No sabes tú la culebra que tengo enroscada aquí. Deja que yo te coja...

TERESA.

No entiendo de estas zarandajas. Yo sigo siempre el criterio del pueblo. ¿Es esto lo que llaman ustedes vulgo? Pues sea: no me negarán que el pueblo tiene un instinto...

VILLALONGA.

Sí; pero es profundamente sugestivo y fasci-

nable. Los milagros ¿qué son más que fenómenos de hipnotismo? Todas las religiones, incluso la cristiana, se fundan en eso.

TERESA, *amoscándose*.

¡Eh!, cuidado: no me toquen á la religión. De las falsas hablen ustedes lo que gusten; pero de la verdadera...

INFANTE.

Y usted, ¿cómo siendo tan absolutista...?

TERESA, *irritada*.

Sí, señor, muy absolutista, muy católica, apostólica, romana, y al mismo tiempo muy popular, muy populachera. ¿Qué, no lo entiende usted, angelito?

MONTE CÁRMENES, *asomándose á la puerta*.

¿No ha concluido todavía el crimen?

AUGUSTA.

Sí, sí; basta ya. Tilín, tilín; se suspende esta discusión. Orden del día...

Entra Monte Cármenes. La conversación se generaliza y se deslía, subdividiéndose.